

CUANDO FRACASA LA TERNURA

Fernando Ulloa *

* Psicoanalista. Profesor honorario de la Universidad de Buenos Aires. Realiza práctica psicoanalítica en comunidades asistenciales y escolares y organizaciones de derechos humanos. Investiga acerca de los dispositivos socioculturales de la ternura y de la crueldad, desde la perspectiva social y metapsicológica.

Este breve texto está relacionado con la salud mental. La idea de *salud mental* se presenta ambigua y hasta confusa cuando aparece no diferenciada de las enfermedades del mismo apellido. Importa reconceptualizar este concepto en primer término reconociéndolo como una producción cultural muy afín a una sociedad democráticamente organizada.

La escuela en sus distintos niveles –más aun en los iniciales– resulta una oportunidad para poner en juego recursos promotores de este objetivo. Cuando en esta comunidad prevalece el *buen trato* –uno de los nombres de la ternura– se consolida un *contrapoder* no agresivo para sí ni para otros. De “trato” proviene tratamiento, algo inherente a la materia con la que las artes y los oficios trabajan. También de él deriva contrato, núcleo ético de todo lazo social entre individuos o naciones. Un contrapoder, este buen trato/ternura, frente a la crueldad en sus distintas formas y grados, inclusive la propia. La crueldad es también una producción cultural, antitética y contemporánea a la ternura. Cabe destacar que la crueldad siempre resulta del fracaso, sobre todo en el niño, de la ternura.

El instinto –por estar incluido en la circulación alimentaria y reproductiva– puede ser agresivo en alto grado, mas nunca es cruel. Son los efectos de la ternura, en un

sujeto o en el mundo humano, los que hacen frontera a dicha agresividad. Cuando no se establece este límite, la crueldad resulta una patología de fronteras, las intrapsíquicas, a las que he aludido, y las territoriales.

Una breve historia extraída de mi práctica clínica ilustrará lo esencial de lo dicho: aquella persona recordaba cómo en el curso de su primer grado escolar fue retirada del colegio. Continuó estudiando en su casa, aislada de todo trato social, en aquel pueblo de provincia. Sabía que su madre estaba enferma; se le informó que había viajado a la ciudad para curarse. Ya adulta, su memoria insistía en dos recuerdos. En uno, muy pequeña, preguntaba por “mamita”. Sin ninguna respuesta, todos huían como cucarachas; ella había visto como, al encender la luz, disparaban

las cucarachas. Asociaba ambas fugas. El otro recuerdo aludía a su hábito –durante su aislamiento– de esconderse, quietita y en silencio, dentro de un palomar. De pronto su grito espantaba a las palomas que también huían como cucarachas. “Entonces, decía, me solazaba el piar ansioso de los pichones”. Finalmente se enteró de lo que presentía: “mamita” había muerto hacía tiempo. Olvidó el palomar cuando retomó el colegio. Terminó reflexionando: “Durante años pensé que aquel juego era cruel; con el tiempo advertí, con profunda ternura por mí misma, que el piar de esos pichones asustados decía –a viva voz– de mi solitaria tristeza.” La soledad es no poder decirla, escribió Alejandra Pizarnik.

Sin duda vale la pena averiguar qué fracaso de la ternura anida en el juego cruel de un niño. 

